SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12
AÑO VI N° 340
9•5•2004



LA INSURRECCIÓN DE LOS BLANCOS

***Ensayo sobre la lucidez*, la última novela del portugués José Saramago, está en librerías desde este fin de semana. En ella, el Premio Nobel de Literatura plantea el agotamiento de la democracia y la necesidad de buscar canales alternativos de expresión ciudadana, como el voto en blanco. En esta edición, una entrevista polémica.**

La democracia, herida de muerte

POR ANA MARQUES GASTÃO

La espantosa elección en blanco del 83 por ciento de su nueva novela trae implícita una crítica cerrada al sistema democrático occidental. ¿Es un suicidio cotidiano de la democracia?

–Cuando digo que la democracia se suicida a diario, pierde espesor y se desgasta y disminuye su intensidad, me refiero a un sentimiento que nos afecta a los ciudadanos. Sufrimos porque sentimos que no tenemos importancia en el funcionamiento de la sociedad.

La cuestión de fondo sería preguntarse si el sistema democrático ha dejado de serlo.

–Claro, aunque sea una cuestión de la que no se habla mucho. Podemos elegir a nuestros representantes, hay representación democrática, todo funciona dentro del sistema, de sus condicionamientos, pero en realidad nuestra capacidad de cambiar la dirección del país y del mundo está limitada por la organización democrática misma. El poder real es, sin dudas, el poder económico.

¿Quiere decir que, en su opinión, la democracia ha ido transformándose en una plutocracia?

–Es una plutocracia. Y el poder económico no es democrático, lo que es una gran contradicción en el sistema. Nos dicen: "Sois ciudadanos de pleno derecho, la democracia es el poder del pueblo, por el pueblo, para el pueblo", pero se trata de una retórica un poco cansadora, porque los destinos del mundo son conducidos por unas cuantas multinacionales, cuyas administraciones no se presentan al electorado.

¿Estamos enclaustrados?

–Vivimos en una esquizofrenia sistemática en la que se habla de democracia en las páginas de los diarios, en todos lados, pero la realidad es que a pesar de poder elegir nuestros gobiernos no llegamos ni más alto ni más lejos, porque los gobernantes son representantes políticos del poder económico. No me canso de repetirlo.

¿*Ensayo sobre la lucidez* surge espontáneamente o hay, desde el comienzo, un presupuesto político en esta novela?

–Si existió algún objetivo político estaba ligado al hecho de que vivimos en un mundo en el que todo se debate, desde la tercera edad hasta la ecología, en mesas redondas, coloquios, simposios, millones de personas se reúnen para discutir, pero la democracia no se debate, como si fuese prácticamente intocable. Me parece absurdo que sea así.

¿Usted cree que la democracia es un proceso inconcluso?

–La democracia no es un punto de llegada sino de partida. Cuando en Portugal, el 25 de abril de 1974, nos despertamos libres no estábamos en democracia. Estaba por comenzar. Se trata de un proceso incompleto, que puede estar sucedido por algo negativo y asistimos a su reducción constante. Cuando presenté, en Barcelona y en Madrid, *El hombre duplicado* (2003) me descubrí diciendo que el ciudadano, si no está contento, tiene que protestar. Podemos abstenernos, y siempre habrá justificaciones para ello: un buen o mal momento, etc..., pero también podemos votar en blanco. Esa solución es, sí, una forma de protesta significativa: "Voto así porque este sistema no me satisface". Después pensé que no quería transformar la sesión en una asamblea y me callé. Varios días más tarde, en Madrid, la noche del 30 al 31 de enero, me desperté a las tres de la mañana con la idea en la cabeza. Aunque no estuviese buscando tema para otro libro, ya lo tenía dentro de mí: el voto en blanco. En el instante siguiente encontré el título. Me interesaba el debate. Quería que se reflejara de un modo consciente y serio...

¿Sobre la democracia y las causas de su decadencia?

–Sí, un debate en serio sobre lo que es la democracia. La gente todavía no se dio cuenta de que el sistema democrático contiene una bomba en sí que puede explotar en cualquier momento: el voto en blanco. Hasta ahora era meramente testimonial, no afectaba el sistema. Si se diera de forma masiva, ¿qué se podría hacer? En la novela las consecuencias son serias y terminan en tragedia.

Democracia y comunicación

Hay un hilo entre los epígrafes de *Historia del cerco de Lisboa* (1989): "Mientras no alcances la verdad no podrás corregirla. Por lo tanto, si no la corriges, no la alcanzarás. No te resignes", de *Ensayo sobre la ceguera* (1995), en el que se dice que "si puedes mirar, ve" y *Ensayo sobre la lucidez*: "aullemos dijo el perro". ¿Le parece que debemos aullar?

–Suelo decir que lo más importante en mis obras son los epígrafes. Le pido al lector que no se quede allí, ¡que lea y piense! Pero, en realidad, si pudiese referir una frase que defina mi trabajo sería "escribo para comprender". Seguiré esforzándome para comprender. Sobre todo a partir de la segunda fase de mi producción ficcional, desde *Ensayo sobre la ceguera*, hay un intento de reflexión sobre la situación del mundo, el individuo y sus responsabilidades.

En su libro, con la votación masiva en blanco –la insurrección de los blancos– que provoca el estado de sitio y la mudanza del gobierno a otra ciudad, tambalea la estabilidad democrática parlamentaria. ¿Quiere decir que las democracias pueden practicar ciertos totalitarismos?

–Es evidente que los hay, pero no se expresan de las formas a las que estábamos acostumbrados. No dejan, de cualquier modo, de paralizar la capacidad reflexiva. Lo que me preocupa no son los periodistas, los columnistas –esos no me importan salvo en la medida en que son formadores de opinión–, sino los ciudadanos que se comportan como autómatas y no poseen un gusto por la crítica. Deberíamos recuperar el gusto por el debate, no en el sentido de una retórica sino en la confrontación con la gravedad de los problemas del mundo. No muchos están preocupados por esas cuestiones. A veces se dice que hay demasiada política, a mí me parece que hay demasiados políticos.

Junto con la peste de los que mandan surge la peste de los que ocupan un "lugar activo en la preparación de los desastres": la comunicación social. Una crítica violenta a los órganos de información recorre todo el libro. ¿Lo asusta el panorama de la prensa portuguesa o se refiere al plano internacional?

–No quiero decir que los medios de comunicación a nivel internacional tengan todas las características negativas de las que hablo en el libro. Ahora bien, tienen la responsabilidad de la manipulación. Hay un cierto camaleonismo en los periodistas, en el tráfico de profesionales de la información, aunque con excepciones, que escriben en función de lo que se les impone. A veces ni siquiera se dan cuenta de las transformaciones de las que son víctimas.

¿No se trata una vez más de una consecuencia del vínculo con el poder económico? Los órganos de comunicación social están en mano de ciertos grupos, hay una tendencia al monopolio...

–Ya no hay diarios, hay empresas periodísticas, que no tienen autonomía porque son propiedad de grupos industriales, de los bancos. Finalmente no sabemos dónde está el poder, cómo se manifiesta y, cuando intentamos entender, nos desorientamos. Llegamos un punto en el que bajamos los brazos y tenemos conciencia de que no podemos hacer nada, pero nada. Cuando me desperté, aquella noche, no estaba soñando con votos en blanco pero pensaba que el ciudadano no podía influir, interferir.

¿Qué podría suceder si hubiese esa gran votación en blanco?

–El poder podría repensar todo y encontrar soluciones. Como en el libro, podrían intentar declarar ilegal la votación o distribuir los votos en diferentes partidos. O no. Dejémonos de retóricas y de vanas palabras, lo que necesitamos es un debate responsable.

¿No coincide con Churchill, que decía que "la democracia es el peor sistema de gobierno con excepción de todos los demás"?

–Eso es otra manera de decir que la democracia es el menos malo de los sistemas posibles. Cuando se espera que nos conformemos con eso, se impide que busquemos algo mejor. En un mundo de relativismos, se piensa que ya no está mal algo que sea menos malo. Y nos quedamos con eso. Me parece poco.

¿Entonces, su consejo es "aullemos"?

–Todos nosotros, los que tenemos conciencia de que la democracia está herida de muerte, somos los perros. Empezar a aullar sería decidirnos de manera colectiva a votar en blanco para ver qué sucede. Aunque sólo sea por curiosidad intelectual.

El clima ficcional de este libro parece hacer que no haya un estilo ensayístico. ¿Se trata o no de una obra ensayística sobre la condición posmoderna?

–Es un tipo de observación que podemos



hacer, sobre todo a partir de *Ensayo sobre la ceguera*. Desde allí, empecé a escribir, de manera más atenta, sobre el mundo en el que vivimos, sobre quiénes somos y en qué nos transformamos. Existe, por lo tanto, un proceso reflexivo ligado a la posmodernidad y un cuestionamiento: ¿Cómo será el nuevo ser humano, aquel del que hablaba Eco? Estamos en el final de una civilización y en un proceso de pasaje de una época que tiene sus raíces en la Revolución Francesa, en el iluminismo, en la Enciclopedia, que tiende a desaparecer. No sé qué vendrá. ¿Cómo será la humanidad en 50 años? Si a finales del siglo XIX los grandes sabios, filósofos y científicos, se hubiesen reunido para imaginar cómo sería el mundo 100 años más tarde, no habrían acertado en nada. La imaginación tiene que servir para resolver las cuestiones de hoy.

Hilos de sangre

Ya en *Todos los nombres* (1998) decía "nada en el mundo tiene sentido". Usando sus palabras, ¿qué nos salva de ese tipo de oscuridad hacia la que avanzamos con "una punta del hilo atado al tobillo"?

–En los *Cuadernos de Lanzarote* (1997) escribí algo que podría ser una respuesta a esa pregunta: "Dios es el silencio del hombre y el hombre es el grito que le da sentido a su silencio". La oscuridad está ahí, la inteligencia logró colocar algunas lámparas, luces para orientarnos. El hecho de que exista una especie humana debería darnos un sentido de humildad delante de la majestuosidad del universo, pero en cambio, un poco retórico, hay siete mil millones de seres humanos que sólo resuelven una parte ínfima de sus problemas. No hay un sentido equitativo de la distribución y el uso de la riqueza. A fin de cuentas el hombre quiere ser feliz, es ése su objetivo mayor, pero no encuentra el bienestar mínimo que le permita zafar de la miseria, del desastre, de la soledad que afectan a gran parte de la población mundial. Esas personas deberían ser la preocupación de todos nosotros y de la comunicación social, tan comprometida a diario con futilidades políticas. Es urgente reflexionar sobre los grandes problemas que afectan al mundo. Eso no es de uno sino de todos.

Ese malestar que aparece en los dos ensayos parte no sólo de la pérdida de norte ontológico, sino de la disolución de los valores y de la muerte de la esperanza, ¿verdad?

–Existe una cuestión ética. Ya señalé un día que "si la ética no gobierna la razón, la razón se ríe de la ética". Sé que los escritores son grandes productores de frases y que esas frases no siempre tienen el sentido que parece, pero de cualquier manera abundan los ejemplos de una sociedad atravesada por una suerte de apatía, de indiferencia, de egoísmo. No quería repetir la gran frase de Almeida Garrett, pero no puedo evitarlo: "La tierra es pequeña y la gente que vive en ella tampoco es grande". Si yo hubiese puesto en circulación esa idea, no faltaría quien me insultara, pero no hay en ella ningún desprecio por las personas. Es sencilla lucidez. El ambiente de mediocridad en el que vivimos es aterrador. Estoy fuera de él, pero leo los diarios y lo que veo es tan, pero tan bajo... Diría incluso, vehementemente, despreciable.

Cierta oscuridad atraviesa la última fase de su obra. Podemos asociarla a un poema suyo: "Donde los ojos se cierran; donde el tiempo/ hace resonar el corno del silencio".

–Todo viene de antes. Hay una especie de fidelidad no consciente a aquello que se fue. Reconozco un hilo rojo que, en el fondo, es un hilo de sangre, una corriente sanguínea con raíces en el pasado. Avanzo cada vez más hacia esa esperanza de comprensión. Nos quedamos siempre en el zaguán de todo, pero hay que hacer un esfuerzo.

En *Ensayo sobre la ceguera*, en ese mundo de tinieblas blancas, la mujer del médico –el único personaje que no queda ciego– es la voz de la lucidez. ¿Cómo fue el pasaje de este personaje al *Ensayo sobre la lucidez*? Al rechazar el caos, ¿se opone a una condición histórica sin sentido?

–Esa mujer, en el *Ensayo sobre la ceguera*, representa la esperanza y la lucidez. En este libro, al oponerse al caos, no tiene fuerzas y es objeto de una conspiración del poder que tiene que encontrar una víctima fácil. En el primer *Ensayo*, cuando ese personaje piensa que va a quedar ciego, hay una frase muy explícita: "La ciudad todavía estaba allí", como si estuviese diciendo que tal vez había aprendido la lección. No es que en *Ensayo sobre la lucidez* esa posibilidad se haya agotado, el libro está ahí, aparentemente sin esperanza, pero no.

¿Dónde reside, entonces, la esperanza?

–La esperanza reside en el perro que dice "Me llegó la hora de aullar", y ese aullido silencioso es la protesta de los ciudadanos que le van a decir al poder "este sistema democrático no nos sirve".

¿Cuál es el futuro para el hombre?

–Si no hay una revolución de conciencias, si las personas no gritan "no acepto ser aquello que quieren de mí" o no rechazan ser un elemento de la masa que se mueve sin conciencia de sí misma, la humanidad estará perdida. No se trata de volver al individualismo, sino de encontrar de nuevo al individuo. Es ése nuestro gran obstáculo: reencontrar al individuo en un tiempo en el que se pretende que sea menos de lo que podría ser. Nos damos cuenta de que el mundo se volvió un enorme espectáculo. Ya no hay diferencia entre actores y espectadores. Probablemente mi visión sea negra.

¿Cómo definiría el *Ensayo sobre la lucidez* desde el punto de vista genérico?

–Llegué a la conclusión de que se trata de una novela por el modo de contar, pero también es una fábula, una sátira violenta. Y para que el catálogo sea completo podríamos decir que es una tragedia. El final es trágico. Al revés de lo que pensaba Eça de Queirós cuando decía que si diéramos tres vueltas alrededor de una institución se desmoronaría, pienso que la ironía no va a hacer caer el sistema. Tiene que haber algo más. Tenemos que empezar a aullar, empecemos a aullar.

¿El escritor pretende cambiar la realidad o es una versión propia que vive en el interior de lo real?

La literatura no sirve para cambiar el mundo. Yo no invento nada. Me limito a levantar la piedra y a mostrar lo que está debajo. Pero casi todas mis novelas parten de una imposibilidad. No era posible que Blimunda viera a través de su piel; que Ricardo Reis apareciera en carne y hueso ni que Pessoa volviera para conversar con él; que la Península Ibérica se separara de Europa, que los cruzados no ayudaran a conquistar Lisboa. *El Evangelio según Jesucristo* (1991) es una red de imposibilidades en relación con los textos canónicos. Sería imposible que todos se quedaran ciegos como en el *Ensayo sobre la ceguera*. No sería creíble que todos votaran en blanco como en *Ensayo sobre la lucidez*.

¿Quiere formular un deseo?

–Me gustaría vivir en el momento en el cual, en algún lugar, pudiésemos asistir a la manifestación de una voluntad política mayoritaria en la que los ciudadanos pudieran decir: "Esto no va, necesitamos algo mejor".

Es curioso que su libro salga en las vísperas de las elecciones europeas (13 de junio), para las que se prevé una alta tasa de abstención, en un momento en el que hubo, en España, casi el 80% de participación en las urnas luego del atentado terrorista...

–Como si yo tuviera antenas... ¿Sabe qué me gustaría? Me gustaría que la abstención se transformara en voto en blanco. ¡No se abstengan, voten en blanco!

Trad. Violeta Weinschelbaum de la versión original publicada en el Diario de Notícias *de Lisboa*.

Si no hay una revolución de conciencias, si las personas no gritan "no acepto ser aquello que quieren de mí" o no rechazan ser un elemento de la masa que se mueve sin conciencia de sí misma, la humanidad estará perdida.

El discreto encanto de los alemanes



EL MITO DE HITLER: IMAGEN Y REALIDAD EN EL TERCER REICH
Ian Kershaw

Trad. Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar
Paidós
Buenos Aires, 2004
374 págs.

POR SERGIO DI NUCCI

Al igual que en Argentina, en Alemania la dictadura fue en el fondo una autobiografía de la nación. O una confesión. O una brutal autocrítica. Ian Kershaw, profesor universitario en Inglaterra, redactó lo que se considera, al menos hasta mayo de 2004, la biografía definitiva del ex canciller alemán Adolf Hitler. Pero antes de esa obra historiográfica en dos tomos injuriosos, ya había publicado otra de carácter fantasioso, o fantasmagórico, o mitológico: *El mito de Hitler*, publicada en 1987 y reeditada ahora con un nuevo prólogo de 2001.

Del mito a la historia y de la historia al mito es el recorrido que ha desplegado Kershaw, quien parece confirmar las peores hipótesis de teóricos de la derecha como Mircea Eliade acerca de que el objeto de la historiografía es un mero avatar, pues ella está precedida (y confirmada o refutada) por una realidad original y cerrada sobre sí misma: el mito. Hablar de una "imaginería hitleriana" implica, desde el vamos, una fe muy crédula en la capacidad de las imágenes y las ideas para determinar con precisión las *praxis* más concretas. Desde este punto de vista, la *imago* de Hitler contribuiría a forzar decisiones personales, como el voto en las elecciones generales o los posicionamientos íntimos en una guerra a muerte contra enemigos en definitiva muy poco invencibles.

El mito de Hitler propone entonces un análisis de la imagen popular que los alemanes retuvieron de Hitler, la cual –refrenda una y otra vez su autor– no coincidía en nada con las convicciones y aspiraciones reales del propio Hitler. Aquélla era sin embargo tan eficaz y seductora que "una muestra de población juvenil del norte de Alemania encuestada a finales de los años '50 todavía revelaba la presencia de significativos restos del mito de Hitler: había hecho mucho bien al acabar con el desempleo, castigar a los delincuentes sexuales, construir autopistas, generalizar el uso de aparatos de radios baratos, establecer el Servicio de Trabajo, y rehabilitar a Alemania en la estima del mundo". Siete casos presenta Kershaw en las conclusiones, siete casos en que "el contraste entre la imagen y la realidad es absoluto, y el contenido *mítico*, inconfundible". Sería tedioso consignarlos aquí, como lo es leerlos en el libro, pues son los que el lector ya sabe o presume: los publicitados rencores del *Führer* por apetitos personales, su "iluminación" para la economía o la justicia "social", etc.

Hace unas tres décadas Kershaw dejó de ser un medievalista para convertirse en historiador *full time* del nazismo, con un especial entusiasmo por compendiar las influencias del ex canciller sobre el pueblo alemán. Muchos alemanes (quizá comprensiblemente) han querido dividir las aguas entre la historia de Hitler y la historia del pueblo alemán durante el Tercer Reich (lo que llevó a un historiador a asegurar que no existió el nacionalsocialismo sino sólo Hitler). Por el contrario, el inglés Kershaw asegura, en una parábola de la cual dan cuenta otros autores en los años '90, que la gran mayoría de los alemanes apoyó a Hitler –y más, mucho más– hasta el fin. Kershaw se remonta incluso a la vieja pero debatida tesis –cuya eficacia fue excelentemente desarrollada por el húngaro Georg Lukács en su libro *El asalto a la razón: De Schelling a Hitler*– de que la causa del nazismo se debió a una irrefrenable tendencia alemana hacia el irracionalismo, que acompaña al retraso nacional respecto del ingreso en la Modernidad. Pero a veces Kershaw pone tanto énfasis sobre el carácter dirigido de la construcción del mito (desde los medios de comunicación, desde los aparatos partidarios) que las responsabilidades irrenunciables de los alemanes parecieran diluirse.

Hay que agregar, por último, que en *El mito de Hitler* no se encontrarán referencias, ni siquiera muy laterales, a temas y problemas de hoy que la experiencia nazifascista podría iluminar. Por ejemplo, en qué medida las incendiarias prédicas pacifistas de todos estos últimos años se asemejan a las de la década de 1930. Una "paz para nuestro tiempo" fue el slogan timorato y acomodaticio –en opinión del camarada Stalin– que pronunció el premier británico Neville Chamberlain al regresar de entrevistarse en Munich con Hitler en 1938. Al año siguiente estallaba la Segunda Guerra Mundial.

La distinción

LA CULTURA DE LA CONVERSACIÓN
Benedetta Craveri

Trad. César Palma
Fondo de Cultura Económica
Buenos Aires, 2004
610 págs.

POR FLORENCIA ABBATE

La cultura de la conversación es un libro encantador. Cuenta la historia del último ideal que produjo la nobleza francesa. Ese ideal respondía a un modelo laico de sociabilidad. A comienzos del siglo XVII, la aristocracia descubrió un terreno inexplorado que se dio en llamar "monde": su ritual principal fue el arte de la conversación.

Para entender el fenómeno hay que remitirse a la importancia de la vida de salón y al poder que en éste ejercían las mujeres. Así, Benedetta Craveri lo presenta a través de sus figuras femeninas emblemáticas: Madame de Rambouillet, la Duquesa de Longueville, la Marquesa de Sablé, Mademoiselle de Montpensier, la Marquesa de Sévigné, Madame de Lambert y Madame de Tencin, entre otras. Anfitrionas por naturaleza, estas damas alimentaron la utopía de una isla afortunada, inocente y libre de los dramas de la existencia, una arcadia en la que remodelar la realidad mediante el arte. Sólo entraría quien supiera conjugar la ligereza con la profundidad, la elegancia con el placer, la búsqueda de la verdad con el respeto por la opinión ajena.

Las mujeres se erigieron en autoridad que decidía quién tenía derecho a formar parte del Grand Monde y quién no. Con un trabajo notable de documentación, Craveri muestra que ellas impusieron, a modo de requisitos para pertenecer a la nobleza, virtudes como la amabilidad, el refinamiento, el *esprit*. Al proponer la conducta como base de su identidad social, la elite nobiliaria parecía traicionar el espíritu de casta y renunciar a un antiguo privilegio, su supuesta superioridad genética.

Pero ése no fue el único lío que armaron las chicas. También desnaturalizaron la idea cristiana del matrimonio, cada vez más consagradas a la práctica extraconyugal del amor galante. Y contribuyeron a la formación de un influyente público de lectoras: el gusto femenino pasó a ser clave para determinar el éxito de una obra o la reputación de un autor –a tal punto que el propio Descartes escribió el *Discurso del método* en francés, y no en latín, para que ellas lo leyeran–. Ese duro tribunal de polleras reprobaba faltas que las leyes pasaban por alto –la ingratitud, la avaricia, los malos modales–, sancionando a los responsables con el castigo más funesto: la exclusión.

Ejercieron la escritura, pero no como fin en sí mismo sino como instrumento al servicio de otra cosa. La prisa, la facilidad y el rechazo a releerse o corregir eran parte de la "estética del desdén", propia de la conversación aristocrática. De modo análogo, en las reuniones nació una poesía de salón que dependía de la capacidad de improvisar y que, aunque provista de un vasto repertorio mnemónico y preparación previa, exigía del vate que no se notase el esfuerzo. Amaron, además, el teatro –género que entonces luchaba contra las prohibiciones de la Iglesia–, y el intercambio epistolar, arma de juego o seducción y paradigma de un tono natural y directo, que demostraba que para ser inteligente no hacía falta imitarle la ampulosidad a Balzac. Comenzaron a circular máximas y manuales destinados a la difusión del código. Y las damas –envalentonadas por su éxito en ampliar su libertad en detrimento de las tradiciones– se volcaron incluso a una nueva y dispendiosa distracción, la arquitectura.

Maravillosamente escrito y traducido, *La cultura de la conversación* no sólo contiene un estudio profundo sobre un tema interesante; trae también desopilantes anécdotas de esas chicas que, con el desaire y el eclecticismo de un dama moderna, ayudaron a su modo a salvar la imagen de la monarquía francesa en los dos siglos previos a la Revolución, que arrasó con ella. Mujeres como Madame de Sévigné quedarán para siempre como emblemas de una cultura ociosa donde el conversador no buscaba persuadir ni ostentar un saber, sino sólo dar lo mejor de sí para reconocerse en la alegría del otro. Este libro quedará, por su parte, como ejemplo de que el rigor académico puede llevarse bien con la diversión.

DIARIO DE UNA ADICCIÓN

Ultimas imágenes de la Feria

POR MARTÍN DE AMBROSIO

Viernes 30, 20 hs.: Tres versiones de Viñas El diálogo abierto con el escritor, ensayista y crítico literario David Viñas resultó algo así como un homenaje a sus más de 50 años de trabajo en el campo cultural. En su diálogo con María Gabriela Mizraje habló desde tres lugares diferentes: como homenajeado, como escritor y finalmente como ensayista.

En tanto que imprevisto homenajeado, no pudo sino sorprenderse por la cantidad de gente que fue a verlo y lo aplaudió largamente. "Tengo que agradecerlo –dijo–, yo pensé que no iba a haber nadie." Luego, hasta se permitió alguna referencia autobiográfica. "Mis padres se conocieron jóvenes, él era criollo y ella una judía rusa exiliada. Mi madre era 'esa judía' incluso para mis propias hermanas. Imaginen Río Gallegos en la década del '20: para todos mi madre fue siempre la judía perversa que fumaba e iba al cine."

En tanto que escritor, se refirió a la novela que está escribiendo en estos días, que "no es amena ni divertida como gustan decir ahora", que se llamará *Tartabul o los últimos argentinos del siglo XX* y cuyo protagonista remite a la novela *La bolsa* de Julián Martel, de fines del siglo XIX. Mizraje señaló que *Tartabul* llenará el vacío de casi una década sin novelas de Viñas (las últimas habían sido *Prontuario* de 1993 y *Claudia conversa* de 1995).

En tanto que crítico no pudo evitar referirse a ciertas taras de la literatura argentina. Como la que denominó "borgismo", es decir, la canonización indiscriminada de Borges, que "en definitiva es un negocio, cierta mercantilización que flaco favor le hace al mismo Borges". Mizraje le preguntó si le parecía que ahora él mismo formaba parte del canon de la literatura argentina y Viñas dijo que, desde luego, la canonización es un instrumento del poder: "Veamos los canonizados: Borges, Bioy, Mujica Lainez y, de manera condescendiente, Soriano. Hay algo de cementerio en esta lista; parece afirmarse que no hay mejor escritor que el escritor muerto. Ése es el poder y lo que llamo borgismo. Pero, vamos, hay ciertos cuentos de Rodolfo Walsh que superan a Borges. 'Esa mujer' es superior a 'El aleph'".

Sábado 1, 20.30 hs: David versus Goliat El llamado Café del Encuentro, cuyo tema fue "Escritores, editores y marketing: decisiones peligrosas", dejó bien claras las diferencias de escala entre las pequeñas editoriales, esforzadas, artesanales, y las grandes multinacionales con toda su ingeniería detrás. Representando a David estaba Leopoldo Kulesz (Ediciones del Zorzal) y, en el papel de Goliat, Annamaría Muchnik (jefa de prensa de Editorial Sudamericana, filial de la alemana Bertelsmann).

Muchnik contó que proviene de una familia de editores independientes, con padres, tíos y primos dedicados al objeto libro, y que hace sólo 5 años que trabaja para Sudamericana, que antes era una editorial chica que no se vendía, publicaba lo que quería y cuidaba hasta el último detalle de calidad. Ahora es un gran grupo que saca 15 nuevos títulos por mes. "Trabajamos con el área de *marketing* y tenemos que ajustarnos a lo que nos indican; los títulos tienen que estar en los *rankings*, tenemos que trabajar para imponer cada libro. Muchas veces, y esto es una confidencia, me pregunto qué pensarían mi padre o mi tío."

Para Kulesz la historia es diferente: "No provengo de una familia de editores ni tengo mayor experiencia más allá de estos 4 años del Zorzal. Resulta que soy matemático y cuando vivía en Francia cayó en mis manos *Leyendo a Euclides* de Beppo Levy, en una fotocopia ajada. Y un día se me ocurrió que sería bueno editarlo. Le planteé la idea a mi hermano Octavio, que es filósofo, y estuvimos un año tratando de aprender cómo se hacía". *Leyendo a Euclides* salió el 7 de septiembre de 2000, reunió 250 personas en la presentación y se agotó rápidamente. "Lo cual hizo que nos agrandáramos", confesó Kulesz. "Y ahí empezaron los fracasos, que fueron varios consecutivos. En cuanto al *marketing*, imaginen, entre un filósofo y un matemático no hacemos uno. Pero aún así la idea es simple: maximizar los recursos y estar en cada uno de los detalles. Pero buscamos que el mercado se adapte a lo que creemos que son productos de calidad y no al revés." También se complementaron en cuanto al rol que el Estado debería tener en la cuestión. Mientras para Kulesz debe hacerse como en Francia, donde se busca "exportar" a los autores, aunando las cuestiones culturales y comerciales, para Muchnik el Estado debe estimular la lectura (o, en otras palabras, ampliar el mercado). Y, para finalizar, Kulesz tiró una idea para terminar con la inacción estatal: "Nuestra embajada en París en vez de hacer las empanadas del 25 de mayo, podría reunirse con las editoriales francesas y contarles qué se escribe en la Argentina y brindar ayuda logística sin gastar un peso".

Domingo 2, 17 hs.: El triunfo del espíritu Entre actos y stands de rutina (de librerías, editoriales, países y organismos oficiales) este año la Feria mostró una proliferación de sitios dedicados a la espiritualidad. Entre religiones establecidas, cultores varios de la *new age* y algún que otro conferencista que dice "hablar al corazón de las personas, al niño que todos llevamos dentro" se ha tornado casi imposible dar cinco pasos seguidos por la Rural sin tropezar con uno de ellos o ser interceptado por los profesionales entregadores de folletos. No menos de una docena de stands se disponen de manera artera para que los desprevenidos no puedan sino sucumbir a los encantos de liberar la mente de confusas racionalizaciones y, a cambio, adquirir una sonrisa beatífica. Como la que muestra la Hermana Bernarda, quien a través de una inquietante gigantografía intenta vender su libro de recetas para la cocina, o los no menos impasibles practicantes de Reiki en vivo detrás de una pecera. Todo esto, ciertamente, conforma un panorama como para atribular al más tolerante de los escépticos.

Martes 4, 19.30 hs: Recuerdos de Manucho Ariel Schettini, uno de los integrantes de la mesa redonda "20 años de Mujica Lainez" convocada por la Fundación El Libro, recordó antes de sentarse a hablar del insigne Manucho un episodio premonitorio. "En la Feria viví mi primer encuentro con la egregia literatura 'cara a cara'. Luego de una prolija fila, el autor me recibió. No me miró, lo que me pareció adecuado para el momento, porque semejante cumbre de la cultura no tenía motivos para hacerlo (pensé). Su aspecto de calculada celebridad y sus demasiados anillos me dejaron impávido. Apenas dijo con la mirada sobre el libro que había sido comprado con el único propósito de atesorar su letra manuscrita: '¿Para quién?'. Dije mi nombre y, como era un niño escolarizado, empecé a deletrear mi apellido, que es difícil. El hombre se sacudió y cuando llegué a la 'ce, hache' me detuvo impaciente y gritó, siempre mirando la hoja en blanco: 'No. Dígalo, nada más'. Creo que me quiso mostrar su habilidad para escribir nombres italianos o algo así. Pero la indiferencia del trato y la falta de amor en el diálogo fueron más poderosas que la revelación filológica. Salí corriendo de ese escritorio y jamás leí ese libro. Y ahora que estoy por hablar de él yo querría hacer un viaje en el tiempo y decirle: 'Manucho, Manucho, no lo hagas... tratalo bien al pibito ése... un día de éstos, quién te dice... es el encargado de hablar, en tu querida Feria, de vos'".

NOTICIAS DEL MUNDO
NOTICIAS DEL MUNDO

Premio Cortázar La Secretaría de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires y la editorial Alfagura convocan al Premio de Novela Corta Julio Cortázar, cuyo ganador recibirá como premio la publicación y distribución de la obra a través de aquel prestigioso sello editorial. Habrá además un segundo premio de 1500 pesos, un tercer premio (de mil) y tres menciones honoríficas. Podrán participar autores residentes en Argentina que a la fecha de cierre de la recepción de las obras tengan entre 18 y 40 años de edad. Las novelas cortas o *nouvelles* deberán tener una extensión de entre 70 y 80 páginas. El plazo de admisión de obras se iniciará el 31 de mayo y cerrará el 30 de agosto del 2004. Los originales serán recepcionados personalmente o por correo en el Centro Cultural General San Martín (Sarmiento 1551, Planta Baja, de lunes a viernes de 14 a 18). Los interesados pueden consultar las bases del premio en www.buenosaires.gov.ar.

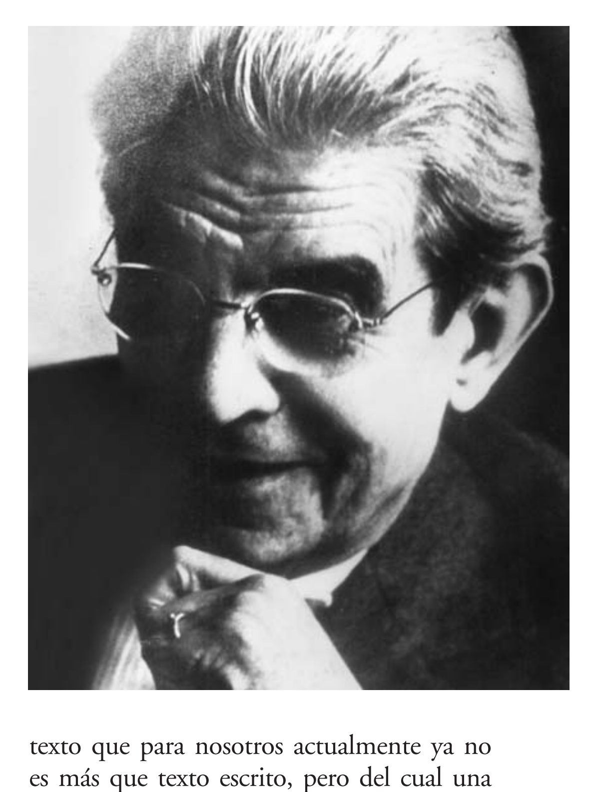
Escoba nueva Conforme a los resultados de la elección celebrada el 30 de marzo el consejo directivo de la Cámara Argentina del Libro ha quedado constituido por Hugo Levin (Galerna) como presidente, Carlos De Santos (Manantial) como vicepresidente primero, Gustavo Canevaro (Albatros) como vicepresidente segundo, Horacio García (Del Aguazul) como secretario y Graciela Rosenberg (Lugar Editorial) como prosecretaria. Daniel Divinsky (De La Flor), José Néstor Pérez (Homo Sapiens), Isaac Rubinzal (Rubinzal y asociados), Ana María Cabanellas (Heliasta), Rosario Charquero (Del Eclipse), Carlos Díaz (Siglo XXI de Argentina), Jaime Rodrigué (Edhasa), José P. Medero (Oxford University Press), Raúl González (Puerto de Palos), Rogelio Fantasía (Macchi Grupo Editor), Rebeca Catz (Editora A.C) y Rodolfo Hamawi (Altamira) ocuparán sus sillas como vocales titulares activos.

Multipremiado La semana pasada, doce días después de recibir el Premio Cervantes de Literatura, el poeta chileno Gonzalo Rojas, de 86 años, presentó en Madrid el libro *Concierto*, una antología de su obra. La selección de textos y el prólogo, a cargo de Nicanor Vélez, fueron publicados por Galaxia Gutemberg y recoge fragmentos de poesía y prosa de toda la carrera de Rojas.

ANTICIPO

Lacan y el amor puro

Director de estudios de la École practique des hautes études y miembro de la École de psychanalyse Sigmund Freud, Jacques Le Brun publicó en 2002 *El amor puro. De Platón a Lacan* (ahora traducido por la editorial El cuenco de Plata) donde Le Brun recorre veinticinco siglos de tentativas (desde Platón, ciertos versículos bíblicos, San Pablo, San Agustín, Bocaccio, Petrarca y, naturalmente, Lacan) para pensar ese amor imposible.



POR JACQUES LE BRUN

No son solamente razones de cronología las que nos llevaron a ubicar el análisis de algunos escritos y seminarios de Lacan al final de esta investigación sobre la configuración del amor puro. Por supuesto, en cierto modo la obra de Lacan constituye el punto de llegada de una historia que se caracteriza por un desplazamiento de la cuestión del amor puro fuera del campo de la teología y más generalmente fuera del campo de la reflexión religiosa. Kant, Freud y Lacan representan en efecto tres jalones esenciales en el camino de una "desteologización", si no de una "laicización". Filosofía y psicoanálisis tomarían así el relevo abandonado por las religiones.

Sin embargo, las elaboraciones de Lacan no constituyen solamente el término histórico de una evolución. Las elaboraciones lacanianas nos aportan instrumentos para interpretar lo que el análisis histórico nos hizo discernir. Así, desde nuestro primer capítulo, nuestra lectura del *Banquete* les debía mucho a las sesiones del seminario *La transferencia*, anunciando desde el inicio de nuestra indagación una de las líneas que garantizaba su unidad a través de dos milenios y medio. El desplazamiento efectuado a partir de 1699 puede aparecer como un retorno a lo que precedió la larga pero provisoria historia de las concepciones cristianas del amor, como un retorno a lo que está antes de las interpretaciones religiosas. En esas condiciones, Lacan nos parece que reúne y despliega unas figuras del amor no en un sistema, sino en una serie de otras "figuras", gracias a la instauración de instrumentos (las nociones de transferencia, de goce, de deseo de la Cosa, del Otro), que permiten proyectar sobre los textos del pasado unas posibilidades de lectura tan eficientes como lo habían sido casi tres siglos antes las tentativas de síntesis propuestas e incesantemente recomenzadas por Fénelon, y ayudan a su vez a leer dichas síntesis fénelonianas.

En algún sentido, las investigaciones históricas y teológicas, como la del mismo Fénelon sobre las máximas de los santos de la tradición, la de Rousselot e incluso la de Bremond, serían igualmente reveladoras, cada cual a su manera, al interpretar el pasado como momento dentro de una historia y como elemento dentro de una síntesis teológica.

El discurso psicoanalítico, basándose en esas investigaciones positivas (establecimiento de los textos, análisis histórico, teológico, etc.), no añade un suplemento de verdad histórica y no esclarece lo que dirían sin saberlo los testigos del pasado; no completa ni rectifica esas elaboraciones pasadas; introduce al lector (y/o al historiador) dentro del mismo movimiento que condujo a otros sujetos a elaborar sus reflexiones sobre el amor.

El doble estatuto del texto lacaniano (un texto que para nosotros actualmente ya no es más que texto escrito, pero del cual una gran parte se había expuesto en la forma oral de los seminarios) nos exige que mantengamos simultáneamente dos rumbos, considerar las figuras que fueron objeto de sus análisis (como ocurre con el Sócrates del seminario *La transferencia* o con los héroes de la trilogía claudeliana en el mismo seminario), y al mismo tiempo aquello que nos permitió plantear (y quizá responder) las preguntas que han estado presentes a lo largo de todo nuestro trabajo: ¿es pensable un amor "puro" y totalmente desinteresado? ¿Qué justificación teórica se le puede dar? ¿Tiene el mínimo de coherencia lógica para ser admitido y fundado en la razón?

Quizá no definamos lo que es el amor puro, ni lo justifiquemos, pero podremos comprender por qué no puede ser definido ni justificado, y algunas de las razones de la permanencia de esa configuración a través de los siglos (su estructura, su función irreemplazable), que expliquen su aparición recurrente en otro campo cuando la reflexión o la represión lo han expulsado de uno de los campos del pensamiento.

FERIAS DEL MUNDO
FERIAS DEL MUNDO

Juventud, divino tesoro

POR D. L., DESDE MÉXICO D.F.

Del 23 de abril al 2 de mayo pasados se llevó a cabo en la ciudad de México la primera edición del "Festival de la Palabra", una Feria del Libro monumental, destinada a satisfacer la curiosidad de los lectores aztecas, que compite desde el vamos con la tradicional Feria del Libro que funciona en el Palacio de Minería de la capital mexicana y la gigantesca Feria del Libro de Guadalajara, tal vez la más importante de América latina. Como el calendario ferial (en el que tienen ya fechas fijas Liber, el evento español, la Feria del Libro de Bogotá y la de Buenos Aires) es bastante abigarrado, los organizadores del evento no tuvieron más remedio que hacer coincidir el Festival de la Palabra con la Feria del Libro de Buenos Aires. El evento mexicano ocupó 23 mil metros cuadrados del Centro Banamex en el Hipódromo de las Américas –un descomunal y novísimo centro de ferias y exposiciones en una de las áreas más privilegiadas de la ciudad (en ese sentido, el Festival de la Palabra se propone sacar al libro del abigarramiento que caracterizaba a la Feria del Palacio de Minería)–, donde expusieron sus catálogos cerca de 300 sellos editoriales.

Radarlibros fue uno de los suplementos literarios de habla hispana (el único de Argentina) especialmente invitados al evento, que además de los previsibles stands de venta de libros, ofreció un complejo panorama de actos culturales. El gran poeta argentino Juan Gelman leyó sus poemas ante un público numerosísimo y muy entusiasta, casi al mismo tiempo que un grupo de *fans* seguía con fervor una ronda de prensa de Silvio Rodríguez, en la que el trovador cubano explicó las relaciones entre literatura y canción (uno de los ejes del evento, al que también fueron convocados Fito Páez, Joaquín Sabina y Luis Eduardo Aute), defendió al régimen castrista de todo ataque, confesó su emoción multiplicada con el nacimiento de un nuevo hijo y un nieto y prometió volver a cantar públicamente, para lo cual se prepara, en estos días, con una gira por las cárceles cubanas.

El Festival de la Palabra incluyó también una maratónica exaltación del *Quijote*, que fue íntegramente leído entre el 22 y el 24 de abril por cientos de personas que se inscribieron previamente. "El Festival de la Palabra", según los organizadores, "busca fomentar el uso de la cultura escrita para construir un mejor diálogo entre los pueblos y los seres humanos", pero, sobre todo porque se trata de un evento que nace, para "crear un nuevo puente con los jóvenes especialmente". Es por eso que uno de los ciclos centrales fue "De la rebeldía al desencanto: los jóvenes se transforman", una serie de mesas redondas que inauguró el escritor mexicano José Agustín y de la cual participaron importantes intelectuales mexicanos de dos generaciones.

La mayoría de los expositores del Festival de la Palabra se quejaron del número de visitantes y el escaso volumen de ventas. En futuras ediciones, es de prever, habrá más asistencia. Lo que se vio permite ser optimista: jóvenes ávidos de cultura libresca y dispuestos a debatir con todos los panelistas. Y la posibilidad, para el visitante argentino, de comprar esos libros que en Buenos Aires no se consiguen: *La princesa primavera* de César Aira, por ejemplo.

Lo que quedó como promesa y deseo (expresada tanto por Hugo Gutiérrez Vega de *La jornada semanal* como por Christopher Domínguez de *Letras libres*) es la posibilidad de usar estos espacios para estrechar vínculos entre las diferentes literaturas del continente, asfixiadas por los monopolios editoriales y cada vez más aisladas entre sí. Como sintetizó Domínguez: "América latina no puede permitirse ser provinciana". Que así sea.

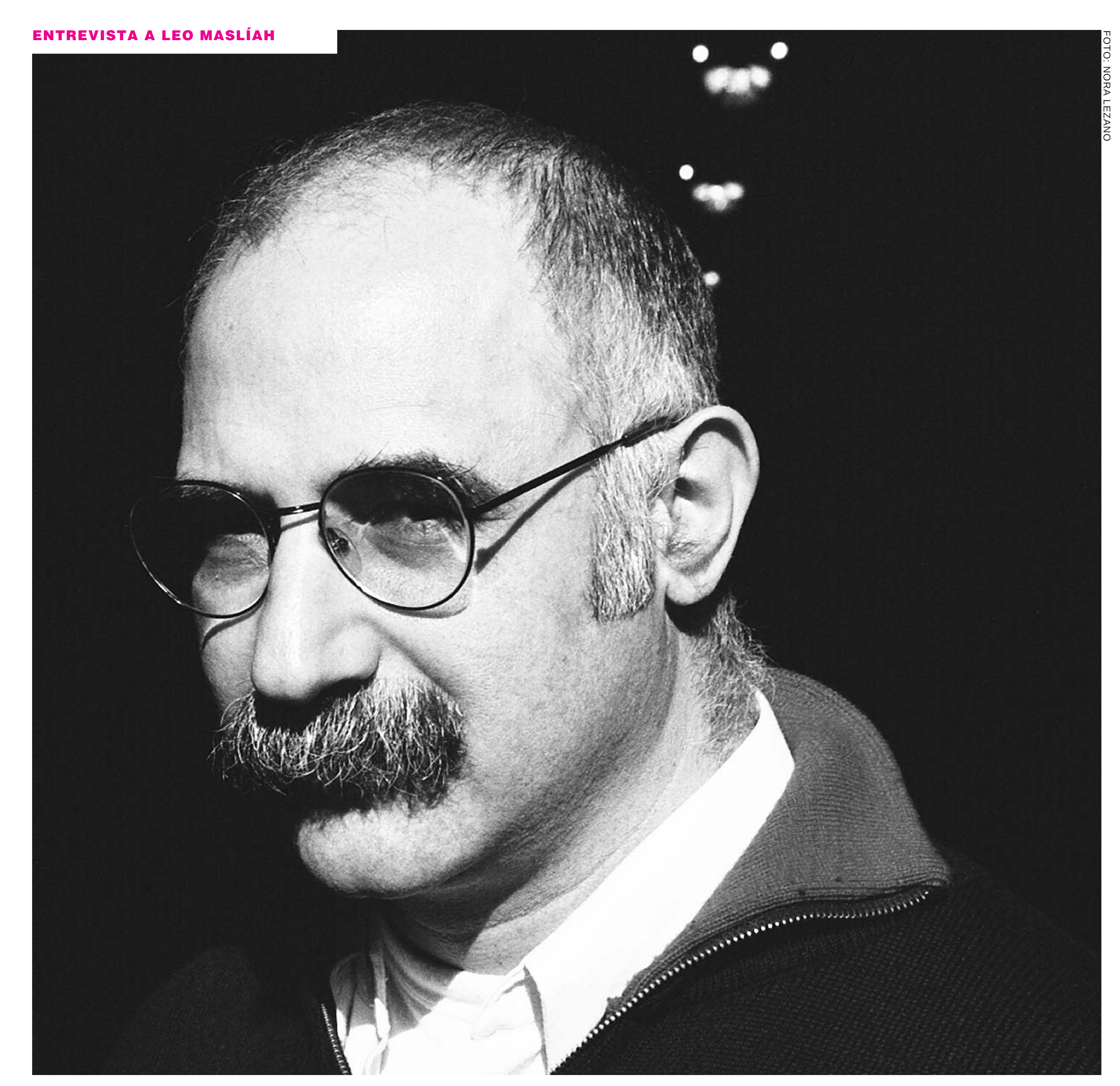


FOTO: NORA LEZANO

Los libros no muerden

En su última novela, *Libretos*, Leo Maslíah construye una fábula que se resiste a toda lectura alegórica. Por eso, entrevistarlo se convierte en una lección sobre la imposibilidad de adueñarse del sentido. Es que para el autor lo que importa es el texto escrito y no las declaraciones de intenciones.

POR MARTÍN DE AMBROSIO

Para el uruguayo Leo Maslíah (músico, dramaturgo, director de teatro y, desde luego, escritor) hablar de su propia obra literaria es algo arduo. A las obvias dificultades de la falta de perspectiva que implica referirse a lo que uno hace, Maslíah le suma cierta –y justificada– desconfianza al trabajo de prensa. Su última novela, *Libretos*, es tal vez menos graciosa o divertida que sus obras anteriores, pero quizás esta característica se vea compensada con algún otro alcance que pueda tener (y del que Maslíah, casi por una cuestión de principios, se rehúsa a hablar). En el mundo de *Libretos* cada persona, cada mañana, recibe un libreto que le indica qué tiene que hacer, qué frases tiene que decir, a qué debe aspirar. Los libretos, emitidos quién sabe por quién, ordenan la vida. Y, si bien en un momento se puede pensar que la novela buscaba remitir a la discusión filosófica "determinación vs. libre albedrío", después más bien parece referirse a la imposición a través de la mercadotecnia de conductas y consumos masivos actuales. Pero a Maslíah no le interesa discutir la cuestión: "No puedo estar de acuerdo o no con que vos pienses o hayas pensado una cosa y después otra. Pero si me preguntás si estoy de acuerdo con que la novela busque remitir a la discusión filosófica que mencionás, o que tenga por referencia eso otro que decís, la respuesta es no. No creo que ninguna novela se pueda reducir a (ni interpretar como) una 'referencia' como la que decís".

Probemos por otro lado. Los personajes de anteriores ficciones de Maslíah tenían cierta imposibilidad de dialogar razonablemente; ahora parecen responder a un orden superior –los libretos, desde luego– que, aunque sea un "orden desordenado", tan loco como aquellos personajes, al menos es un orden. ¿El cambio es deliberado? "No sé a qué llamás dialogar 'razonablemente', pero para poder entenderlo habría que ver si dialogan razonablemente los personajes de las ficciones de, por ejemplo, Cervantes, Rabelais, Swift, Corín Tellado, Mary Shelley, Bioy Casares, Balzac, Marechal, Victor Hugo, Tolstoi, Dostoievsky, Kafka, Agatha Christie, y cuál es la 'razonabilidad' que hay en sus diálogos y que se halla ausente en los de las ficciones mías a las que aludís." En definitiva, para Maslíah "todo está en la novela. Cualquier cosa que se pueda decir sobre el tema y que no esté en la novela no va a ser parte de ella, por lo cual, como explicación, va a ser falsa".

Entonces, la siguiente pregunta era en cierto sentido inevitable: ¿Es que es imposible hablar de esta novela, o de cualquier novela, sin dar una explicación falsa de ella? ¿Es fatalmente falso cualquier discurso sobre la literatura? La respuesta, larga, tal vez brinde algún indicio del pensamiento que sustenta la obra del uruguayo. "No, creo que no es para nada imposible hablar, no sólo de una novela sino de cualquier cosa, sin dar explicaciones falsas. Pero vamos a suponer que yo escribo un cuento que dice solamente *Fulano entró a un bar, comió y se fue sin pagar*. Vos me preguntás '¿por qué se fue sin pagar? ¿Se olvidó? ¿O no tenía plata? ¿O fue por otra razón?'. Supongamos que yo te contesto 'no, no se olvidó, y tenía plata, pero no quería pagar, consideraba que esa gente tenía el deber de alimentarlo gratuitamente'. Si el cuento no fuera un cuento sino una crónica de un hecho, entonces yo, como cronista, puedo llenar la laguna de la crónica con esa explicación. Acá las palabras son un nexo entre una situación y gente que quiere conocer esa situación. La situación existe más allá de las palabras que se usen para contarla, falsearla o lo que sea. Pero como mi cuento es un cuento y no una crónica, si yo te digo eso de que el tipo consideraba que esa gente tenía el deber de alimentarlo, pero no lo puse en el cuento ni lo di a entender de ninguna manera, estoy dando una explicación falsa. Puede ser una explicación de mi motivación para escribir, pero no es en absoluto una explicación del cuento, o si lo es, es una explicación falsa. Este tipo de confusión es típico de la actualidad, ya que la mayoría de los lectores leen ficciones creyendo que las palabras les están contando algo que existe más allá de cuáles hayan sido elegidas para contarlo, y la mayoría de los autores colaboran en este engaño dando discursos sobre lo que quisieron decir, que parece que vale mucho más que lo que dijeron (esto último exime a gran parte del público de leer los libros, de modo que los lectores dejan de ser tales)."

EL EXTRANJERO

STILL HOLDING
Bruce Wagner

Simon and Schuster
Buenos, 2003
350 págs.

A esta altura de la película, una cosa queda clara: Bruce Wagner (Wisconsin, 1954; alguna vez marido de la actriz Rebecca de Mornay) es el gran escritor de Hollywood o, mejor dicho –como apuntó un crítico–, de Hellywood: esa región infernal donde se cometen pecados mortales a cambio de una estatuilla dorada o una estrella en el suelo.

Descendiente directo del Nathanael West de *El día de la langosta* y de la Norma Desmond de *Sunset Boulevard*, Wagner –también guionista del comic y de la serie de culto "Wild Palms"– debutó en la novela en 1991 con la cruel *Force Majeure* (la cruel caída libre de un chofer de limousinas con ambiciones de escritor para el cine); pera nada hacía pensar en la ambición, el alcance y la podredumbre de lo que vendría después.

En 1996, Wagner publicó la primera entrega de lo que bautizaría como *Trilogía del teléfono móvil* o *The Cell-Phone Trilogy* y cuyas partes independientes pero inseparables llevarían como título aquellas frases-mantra que se repiten una y otra vez mientras se habla con alguien con quien no se quiere hablar mientras se patea y se es pateado por las veredas de Beverly Hills. Así fueron *I'm Losing You*, *I'll Let You Go* (2002), y ahora acaba de estrenarse *Still Holding*.

Todas ellas novelas corales y con repartos multimillonarios –repletas de nombres verdaderos y de infidencias perturbadoramente verosímiles– narran el crepúsculo de los falsos dioses de la fábrica de sueños y pesadillas, esa máquina de picar carne que es el Hollywood de estos días. Y posiblemente Still Holding sea lo más repugnante –en el mejor y más sabroso sentido de la palabra– que Wagner ha publicado hasta ahora.

Lo que se cuenta aquí es la "tragedia" del astro Kit Lightfoot –una cruza de Brad Pitt con Richard Gere–, quien es atacado y casi descerebrado de un botellazo por un fan que trabaja de doble de Russell Crowe. Lightfoot, sin embargo, es un buen tipo. Es tan buen tipo que –sobre el final de la novela, recuperado y más brillante que nunca– es certificado como reencarnación de sabio zen mientras el mundo lo aplaude y lo adora. Final feliz, creo. Como contrapunto argumental –como curriculum alternativo– asistimos al ascenso de Becca Mondrain (doble de Drew Barrymore), dispuesta a lo que sea por ser triunfar y ser invitada a las fiestas organizadas por la revista *Vanity Fair*. Es una chica sin escrúpulos pero, al mismo tiempo, una buena chica. Final feliz. O algo así.

Por el camino, *Still Holding* –paródica pero impiadosa, con las escenas de sexo más duro y triste de las que se tenga memoria– está llena de finales tristísimos que van cayendo al suelo como esas escenas descartadas en el piso de la sala de montaje. Novela atípica, experimental, cult, indie, *Still Holding* se lee con la más regocijada de las muecas y está filmada con partes iguales de filosofía zen y de prensa amarilla sobre una escenografía claramente dickensiana; donde los inmortales del celuloide gozan del privilegio de los efectos especiales mientras sus sufridos y humildes espectadores viven olvidando las líneas más importantes del guión de la vida.

RODRIGO FRESÁN



MEMORIA

Los muertos vivos

POR GUILLERMO SACCOMANNO

En *La masacre de Plaza de Mayo* (editorial De La Campana), Gonzalo Chaves se propone sustraer del anonimato "esos cuerpos transformados en un frío número y reconocerlos como ciudadanos con nombre y apellido, con una ocupación, una familia, una identidad política, social y religiosa". Otra manera de decir "Nunca más".

La bibliografía liberal sobre el '55 ha producido ensayos de más de cuatrocientas páginas, profusamente ilustrados con fotos, que refieren la impune matanza de 1955 justificándola como si se tratara del desembarco en Normandía por parte de los aliados. Tal el caso de *La revolución del '55* del historiador oficial de las fuerzas armadas Isidoro Ruiz Moreno. La misma actitud necia y soberbia la comparte el almirante Rojas en sus memorias dictadas. Rojas gusta presentarse como un hombre culto. En una foto de vejez cambia una sonrisa con Borges. El almirante y el escritor son dos muertos vivos en esa foto que impone pensar en la complicidad civil del grupo Sur y en aquel discurso de Borges en Montevideo en 1956 donde alentaba a celebrar a la fusiladora como una "revolución amiga". Esa foto en sus memorias tiene un sentido para el almirante. Y no es otro que el que pudo tener ese encuentro para Borges. Volviendo a Rojas, en sus memorias se jacta de su refinamiento: sensible al ballet, la música de Tchaikosky y el paladeo del buen *scotch*. Como todos aquellos militares y civiles que participaron del derrocamiento del peronismo, sus referencias a las operaciones persiguen una gloria que no consigue ocultar la verdad de la masacre. Es llamativo que en todo homenaje que los gorilas, auténticos ejemplares prehistóricos de la tilinguería y el cajetillismo nacional, realizan a la que ellos consideran la gesta del 55 siempre eluden, como un dato menor, la mención de los caídos bajo sus bombas en la Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955. No hace tanto, apenas unas semanas atrás, se homenajeaba al genocida Rojas y, otra vez, los ditirambos de turno volvían a resaltar su heroísmo escamoteando más de 300 cadáveres y más de 3000 heridos. Vueltas de la historia: este Rojas es el mismo que fuera edecán de Evita, "negrito" de confianza de Perón, más tarde su traidor y finalmente, luego de un largo tiempo como colaborador ideológico de *La Prensa* y *La Nueva Provincia*, poco antes de su fallecimiento, se unió en un abrazo con Menem.

Para aclarar el encubrimiento del bombardeo, Gonzalo Chaves (1939) ha completado en *La masacre de Plaza de Mayo* la investigación más completa hasta la fecha sobre las víctimas que ocultó la autodenominada Revolución Libertadora. Chaves es oriundo de La Plata, fue militante pionero de la Juventud Peronista, trabajador telefónico y miembro de Montoneros. En la última dictadura militar sufrió el exilio y pasó por Madrid, México DF y La Habana. En ese tiempo, mientras denunciaba en Ginebra los ataques al movimiento obrero, un grupo de tareas de la ESMA intentó asesinarlo. Si estos datos biográficos cumplen una función, es la de marcar la coherencia entre militancia y obra. En los últimos años Chaves publicó *Memoria montonera* y *Cultura frentista*. Estos antecedentes legitiman su ensayo sobre el 16 de junio desde una óptica cuestionadora y justiciera. Chaves arranca su investigación con una pregunta de Laura Bonaparte, Madre de Plaza de Mayo: "¿Quién se acuerda aunque sea de un solo nombre de los más de doscientos hombres y mujeres que murieron en los bombardeos del 16 de junio?" Chaves asume el interrogante como objeto de investigación y se apoya metodológicamente en una idea que Rodolfo Walsh "siempre repetía en rueda de compañeros, que todo lo que uno quiere conocer, hasta lo más secreto, está en alguna fuente pública".

De este modo Chaves inicia su investigación recurriendo tanto a fuentes periodísticas como a conversaciones con partícipes y testigos de la masacre. Es particularmente significativa la entrevista al septuagenario ex oficial de ejército Carlos Elizagaray, comprometido en la defensa de la Casa de Gobierno durante el ataque. En su testimonio se encuentran argumentos que explican, desde lo político y lo estratégico hasta lo económico, los motivos que determinaron la caída del peronismo.

En la lectura de Chaves resulta más que sugestivo fijarse cómo los apellidos de los militares golpistas se prolongan en una historia siniestra en lo que va desde 1955 hasta la última dictadura. Es decir, se manifiesta una continuidad notable en la tradición (ligada a la familia y la propiedad) que inaugura la aviación naval en su "bautismo de fuego" (liquidando civiles) y que se proyectará años más tarde en la Escuela de Mecánica de la Armada. Entre otros apellidos ligados al terror, sin sorpresa se constatará que el teniente Massera, que más tarde sería el gangster de la ESMA, integraba ya en 1955 las filas del golpismo.

Cabe consignar que quien desee buscar el linaje de la represión y sus apellidos no tiene más que acercarse a alguno de los textos citados en esta reseña. A la lista, el lector interesado puede sumar los dos volúmenes biográficos de Marta Leonardi sobre su padre, el breve presidente del 55, quien afirmó en esos días que no había "ni vencedores ni vencidos" (sic). Demostrando lo contrario, ahí están las fotos que Chaves incorpora a su ensayo. Vale la pena comparar estas imágenes con las que ejemplifica su heroísmo la bibliografía gorila. Oficiales pulcros, aviones surcando el cielo, reuniones conspirativas, toda una iconografía que esteztiza una adusta "seriedad de próceres" cuando no de "muchachada de a bordo". Los golpistas posan, desde el vamos, para los manuales de historia que habrán de pergeñar una vez proscripta la barbarie peronista.

Las imágenes que ofrece Chaves son en cambio desgarradoras: aviones en picada sobre la Plaza de Mayo, explosiones, ruinas, vehículos en llamas, cuerpos ametrallados, un chico herido, una mujer, cadáveres carbonizados. Esa mañana del 16 de junio de 1955 las Fuerzas Armadas tenían programado, como cubierta, un desfile aéreo sobre la Plaza. Imagínense la cantidad de público a una hora pico en pleno centro porteño. Lo que ocurrió luego fue, en la perspectiva de Chaves, nuestro Guernica. El paralelo es acertado. Un fotógrafo de *Noticias Gráficas* contaría su experiencia: "Llego ahí y veo dos tipos tirados delante y la cabeza colgando. Subí al trolebús que era un encharque de sangre, los zapatos se me habían llenado de sangre". Los testimonios del horror son contundentes y, como señala Miguel Bonasso en el prólogo, "cuando hablamos de violencia no nos estamos refiriendo a un concepto genérico de la violencia. Estamos hablando concretamente del ciclo de violencia institucional ejercida contra el pueblo que se inicia con los bombardeos y se continúa con el golpe del '76 y el terrorismo de Estado". No menos lúcido y terminante es el propósito de Chaves: "Rescatar la identidad de las víctimas es como el primer paso en el camino hacia la justicia. Esos cuerpos transformados en un frío número es necesario sustraerlos del anonimato y reconocerlos como ciudadanos con nombre y apellido, con una ocupación, una familia, una identidad política, social y religiosa. Se trata de evitar que esas personas, eliminadas materialmente, también sean borradas simbólicamente, como ocurriría veinte años más tarde con la figura del desaparecido".